Escrito por El Nuevo Día / Editorial
Domingo, 01 de Junio de 2014 01:40

Con 71 años de edad y 33 años de cárcel cumplidos en prisiones remotas, muy distantes de su país, acusado de conspiración sediciosa, pero sin que se le haya probado delito de sangre alguno, Oscar López Rivera es símbolo de una flagrante deshonra para sus carceleros y una afrenta a la democracia que falla en respetar los derechos humanos.

Porque Oscar López Rivera, al margen de su ideología y de sus aspiraciones, es un ciudadano que dedicó dos años de su vida al servicio militar activo, en la guerra de Vietnam, y que se sacrificó duramente por el mismo Estados Unidos que ahora se empeña en mantenerlo aislado, tratando de acallar los reclamos para que lo excarcelen e intentando mantenerlo fuera del foco de la atención mundial.

Pese las peticiones unánimes del pueblo y desde todos los sectores, e importantes voces desde la comunidad internacional, Oscar López sigue recluido en la prisión de Terre Haute, Indiana, y el gobierno de Estados Unidos persiste en ignorar el reclamo para que el anciano activista político y líder comunitario salga a hacer compañía a sus familiares, principalmente a su única hija y a su nieta.

Habría que preguntarse cuál es el empecinamiento de un gobierno, el de Estados Unidos, que presume de sus acciones en favor de los presos politicos del mundo entero -en Ucrania, con Yulia Timoshenko; en China, con el artista Ai Weiwei; en Venezuela, con el opositor Leopoldo López; en Cuba, con el exprisionero Guillermo Fariñas, y hasta en Rusia con el grupo feminista punk “Pussy Riot”, - pero que en su propia casa mantiene sepultado a un puertorriqueño que, de 1986 a 1998, sufrió uno de los regímenes carcelarios más crueles que existen, el de confinamiento en solitaria en la prisión de Marion, Illinois. En Marion, cárcel de extrema seguridad construida en 1963 para sustituir la de Alcatraz que acababa de cerrar, Oscar López superó más de una década sin contacto alguno con familiares o amigos.

El hecho mismo de que, en contradicción con las políticas carcelarias de casi todos los países

del mundo, a Oscar se le mantenga en una prisión tan alejada de Puerto Rico, lo que obstaculiza las visitas regulares de sus familiares, es una forma de tortura incomprensible por parte de una nación que proclama su vocación humanitaria. El presidente Obama, que alegó sentirse conmovido al visitar la histórica celda de Nelson Mandela en Robben Island, Sudáfrica, debe saber que en la cárcel de Terre Haute, en Indiana, hay un hombre acusado por los mismos "delitos" que Mandela -la misma figura legal: conspiración sediciosa-, que, a diferencia del líder sudafricano, ha cumplido seis años más de cárcel: de 27 que padeció Mandela, a 33 que acaba de cumplir Oscar López.

Obama tiene la potestad de indultarlo hoy mismo, y debe hacerlo. No se le pide clemencia, sino que cumpla un mandato moral de respeto a la condición humana y, por lo demás, un acto de dignidad, valentía y autovaloración hacia un hombre de principios contra el que se ceban la venganza de estado, el discrimen ideológico, la prostitución de la justicia, la presión de agencias federales de seguridad y la crueldad.

La excarcelación de Oscar López no debe seguir posponiéndose, y el reclamo para su liberación tendrá que seguir siendo unánime y no caer en las trampas del pesimismo o las cábalas políticas electoreras. Los asuntos internos de Estados Unidos, incluso sus procesos eleccionarios, no tienen que importarle a nadie a la hora de exigir la inmediata devolución de ese ser humano a la tierra a la que pertenece, la que lo vio nacer. Es un hombre mayor que ha demostrado una conducta ejemplar y que no merece enfermarse o incapacitarse en prisión, algo que causaría gran dolor e impotencia a todo su pueblo.

El gobierno de Estados Unidos está moralmente impedido de interceder por ningún preso político, en ningún lugar del mundo, mientras continúe el presidente burlándose de la memoria de Mandela y violando los derechos civiles, políticos y el derecho a la libertad de Oscar.